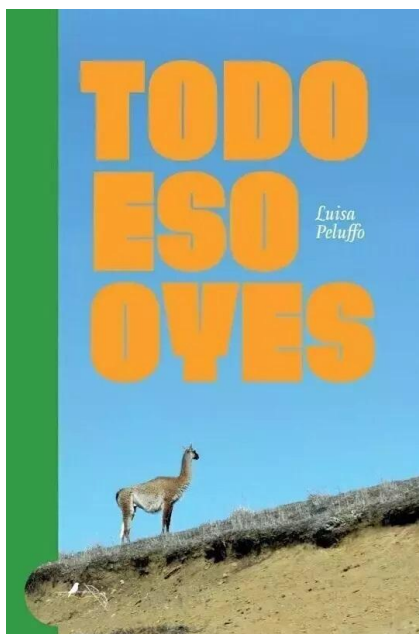


// Reseñas //



Todo eso oyes

Luisa Peluffo

La Ballesta Magnífica

2024

María Emilce Graf¹

Recepción: 28 de septiembre de 2024 // Aprobación: 3 de octubre de 2024

Los ecos de la memoria

Luisa Peluffo nació en Buenos Aires, cursó sus estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes y se desempeñó en periodismo en diversos medios como Canal 7, Semanario Panorama, en el diario La Nación de Buenos Aires y Diario Río Negro. En 1977 se radicó en Bariloche. Publicó los libros de poemas: *Materia viva* (1976), *Materia de revelaciones* (1983), *La otra orilla* (1991), *Un color inexistente* (2001), *Foto grafías* (2014) y *Soplo aire aliento* (2017); además de las colecciones de cuentos: *Conspiraciones* (1982),

¹ Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad de la Patagonia San Juan Bosco. Auxiliar de Primera en la Cátedra Literatura Patagónica de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. E.mail: megraf@gmail.com.

Se llaman valijas (2012) y *Otras conspiraciones* (2023); las crónicas *Me voy a vivir al sur* (2010), las novelas: *Todo eso oyes* (1989), *La doble vida* (1993) y *Nadie baila el tango* (2009) y una obra de teatro titulada *Si canta un gallo* (2005).

El libro *Todo eso oyes* de Luisa Peluffo fue publicado en el año 1989, por Emecé Ediciones, en Buenos Aires; y reeditado treinta y cuatro años después en 2023 por la Ballesta Magnífica, en la misma ciudad.

En 1977 durante la última dictadura cívico militar argentina, Luisa Peluffo se muda desde Buenos Aires a la ciudad de San Carlos de Bariloche. Su llegada al sur se enmarca en un insilio de naturaleza política. Ya en la Patagonia, luego del retorno de la democracia, publica su primera novela *Todo eso oyes*, una obra que interpela los sentidos del pasado reciente como objeto en disputa en una cartográfica social dañada por múltiples violencias históricas.

Originalmente titulado *De Árbol Tonto y Manos Vacías*, recibió el Premio Emecé 1988/1989, con un jurado integrado por Josefina Delgado, Isidoro Blaistein y Eduardo Gudiño Kieffer, quienes sugirieron el cambio de título por uno más breve, es así como la escritora Luisa Peluffo seleccionó una frase de la obra de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo que se convirtió en el epígrafe y dio título a la obra.

Todo eso oyes es una novela epistolar que reúne las cartas que intercambian entre 1928 y 1985 Ciriaco Larra y José María Pañafel, un amigo de su padre. En dicho intercambio el primero expresa su deseo de escribir una novela mientras que el segundo se convierte en su maestro y mentor, instándolo a que así lo haga y le envíe copias de sus escritos a fin de realizar las sugerencias y correcciones pertinentes. Las copias forman parte de *Todo eso oyes* enriqueciendo este intercambio de cartas con una serie de anécdotas, recuerdos y situaciones imaginadas por el mismo personaje. Estas historias intercaladas hablan de las personas que habitan en el pueblo, sus vidas, sus anhelos y también de una serie de acontecimientos nacionales que se aluden tangencialmente. El orden cronológico de las cartas se contrapone a la alteración temporal en la que se presentan cada una de las situaciones que

constituyen el borrador de la futura novela. Al cuerpo del texto, las epístolas, se le agregan una serie de subgéneros como los diarios personales, entrevistas, avisos publicitarios, noticias periodísticas, avisos del poblador rural, y una serie de relatos que nos adentran en la vida cotidiana e íntima de los personajes.

La obra consta de un prólogo escrito por la Dra. Luciana Mellado y un aparatado sobre esta nueva edición, en ambos casos se destaca el valioso aporte en el campo literario ya que se describe y visibiliza las voces de las víctimas del terrorismo de estado, de sus victimarios, los cómplices y los testigos que participan en una pugna incesante por relatar el pasado y conectarlo con el presente. También se incorpora una guía de personajes que sirven para que el lector pueda organizar su lectura y recuperar los vínculos familiares entre los personajes. Al finalizar la obra encontramos unas palabras de los Editores de la primera edición quienes destacan la estructura que presenta la obra y el uso reflexivo del lenguaje.

Todo eso oyes se divide en cuatro partes. La primera inicia con el intercambio epistolar entre Ciriaco y José María Peñañiel que data de 1928 hasta 1945. En esta primera sección se describe la adquisición de tierras por parte de la familia Larra, su matrimonio y los vínculos familiares. Pero también describe algunos conflictos que nos ubican históricamente, por ejemplo, las noticias sobre los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki en 1945, el Gobierno de Perón y algunos recuerdos sobre las huelgas de trabajadores rurales en Santa Cruz entre los años 1920 y 1922: “Salvo Faustino y yo, los hijos de mi padre nacieron morochos y sanguíneos, propensos cíclicamente a la euforia y a la cólera. Ellos, usted los conoció bien, se unieron a los anarquistas y aun hoy desconocemos si perecieron en la matanza de Santa Cruz o si alguno logró llegar a Chile, pues- oficialmente- el gobierno negó la masacre” (37).

Luisa Peluffo, en una entrevista realizada por Luciana Mellado, subraya que el entrecruzamiento de voces, informaciones y relatos, y variantes de esos mismos relatos ponen en evidencia la frontera entre la realidad y la ficción. Permitiendo contar una misma historia de diferentes maneras.

En la segunda parte se describen los hechos desde 1946 hasta 1950. En el que predominan los fragmentos que forman parte de la novela de Ciriaco, entre ellos, la venta de Griselda Flores a Dionisio Rubini, dueño de un almacén de ramos generales en Manos Vacías. Dice el narrador: “pobre madre que tuvo que venderte (...) y lo hizo a un precio bastante conveniente, según su parecer. En esas regiones las mujeres rubias, y de costumbres civilizadas como las tuyas eran muy codiciadas y por lo menos no pasarías hambre” (94). El día de su boda, Griselda es raptada por Ascencio, el cuatrero oriental, convirtiéndose en una alegoría de la cautiva en la Literatura Argentina.

En este apartado también nos encontramos con el Danilo, un joven que fue apropiado por Ascencio y vive huyendo de gendarmería y de los indios. La descripción minuciosa que realiza la escritora sobre la figura de Ascencio y su persecución otorga cierto realismo a la escena.

La tercera parte en que se divide la obra está fechada desde 1953 a 1955. En esta sección descubrimos que José María Peñalef, interlocutor de Ciriaco Larra, ha sido una presencia real solo desde 1928 hasta 1945 en que muere; desde entonces hasta 1988 Ciriaco responde y critica sus propias cartas bajo el nombre de su mentor esto se manifiesta con sutiles modificaciones en la firma al despedirse de su lector, hecho que luego es corroborado al finalizar la obra.

El último apartado nos devela el desenlace de Faustino, hermano de Ciriaco; el nacimiento de Juliano, hijo de Milagros Illapán y la venta de la Casa del Árbol. Esta última se convierte en un campo de detención conocido como “La Muñeca”: “los únicos que no tenemos miedo somos nosotros. El sargento Flores y yo (Juliano). Él sabe venir algunas veces trayendo gente” (177). Este personaje describirá, a partir de su inocencia, los hechos de tortura que se llevan a cabo en ese lugar.

La obra visibiliza una serie de maltratos no solo hacia la mujer blanca sino también a la mujer indígena y a los jóvenes. Mujeres que son vendidas y obligadas a casarse sin su consentimiento. Mujeres que son discriminadas por su color de piel.

Jóvenes que por su edad son golpeados, raptados y en algunos casos desconocen su ascendencia.

La obra parece un gran rompecabezas donde no tenemos certezas sobre la veracidad de los hechos relatados por cada personaje o narrador.

Alegorías de un espacio

La novela nos sitúa en Manos Vacías: “un pueblo cuyo nombre surgió de una frustración. Mi padre nombró así estas tierras al no encontrar el fabuloso tesoro que, según dicen, enterró aquí el cacique Alcamán” (31). Este pueblo representa a nuestro país, las tierras que fueron expropiadas a los pueblos originarios (propiedad del cacique Alcamán) por el comandante “General Piedras”, conocido históricamente como General Roca. Estas fueron cedidas por el Poder Ejecutivo quién “recompensó a muchos de esos hombres y también a los primeros que se aventuraron por estas regiones, entre ellos mi padre (refiriéndose a Remigio Larra, padre de Ciriaco y Faustino Larra), cediéndoles tierras del cacique” (31). Las mismas son descriptas por el narrador como “infructuosas debido a la escase del agua” (31) o “tierras inhóspitas”. En ese lugar se encuentra ubicado el paraje de Árbol Tonto, lugar que simboliza la Patagonia, llamado así por “un único y obstinado árbol que quiso crecer en el lugar y alrededor del cual se fue desparramando el caserío” (36) en el que habitó la familia Larra y en el que “no hay nada más que viento, yuyos y más viento” (36). En la región de Manos Vacías, Remigio ordenó plantar en el piso de tierra de la cocina un notro que con el paso del tiempo “tuvieron que abrir el techo a fin de darle paso, y desde entonces en toda la región de Árbol Tonto hubo dos árboles, y nuestra casa se llamó Casa del Árbol” (47).

Manos Vacías aparece en esta obra como un espacio que adquiere diferentes connotaciones: como un desierto, un “vacío” legado e incrustado en los campos imaginario, abierto a la ocupación y donde la Nación encuentra su misión pero también como un espacio habitable que se caracteriza por estar en contra de la

“fertilidad” prometida y erigida en un progreso deshumanizante. Se convierte en un espacio donde se proyectan la expansión del territorio:

Ese patrón le aseguró (a la madre de Septimio) que no tenía por qué preocuparse; que el futuro del hijo estaba en el sur: —El sur de la conquista y la aventura, señora, ¡el sur de nuestros hombres fuertes! ...Y ahora el patrón tenía que construir ese hotel para que no le expropiaran unas tierras. Expropiar, eso había oído su hijo, y también al hombre golpeando el escritorio y gritando: —¿Quieren un hotel? ¡Pues lo van a tener! ¡Van a tener el bendito hotel en el medio de la nada, carajo! (112)

En *Todo eso oyes* Luisa Peluffo intenta desmitificar la visión del sur como un escenario de romances, seres exóticos, recuerdos, paisajes inolvidables y experiencias extraordinarias; y describe a las figuras locales sus experiencias diarias valorando su relación con la naturaleza y el entorno, denunciando la violencia y la imposición. Las voces de cada uno de los personajes escritos en este libro se convierten en la memoria activa del lugar porque como dice Peñafiel “escribir es una forma de no morir. Por eso comencé estas notas, contra esa muerte que se llama olvido” (30)